

“Daré por sentado que cada generación se ve obligada a definir de nuevo la naturaleza, la dirección y los objetivos de la educación, para asegurar la libertad y la racionalidad para cada generación futura. Hay cambios, tanto en las circunstancias como en los conocimientos, que imponen restricciones y dan oportunidades al maestro en cada generación sucesiva. En este sentido, la educación, es un proceso constante de invención.”

JEROME BRUNER (1969)



“UN JARDÍN PARA LOS GRANDES”

Siempre quise ser maestra, dedicarme a enseñar porque la entendía como una tarea que dignifica a los seres humanos, tanto a los que la imparten como a los que la reciben, ya que la educación es el medio para “alcanzar el progreso de los pueblos”. Es así que obtuve mi título como Profesora de la Enseñanza para el Nivel Inicial en el año 1992, inmediatamente comencé a trabajar y al enfrentarme por primera vez, a un grupo de alumnos, me encontré con un puñado de niños entre 3 y 5 años, tan temerosos como yo. Su realidad no era la mía, ya que yo me crié y eduqué en la ciudad de Resistencia y Barranqueras mientras que mis alumnos pertenecían a una zona rural, a un pueblo que jamás en mi vida había escuchado nombrar: Pampa Landriel, como solía decir en aquellos tiempos: un pueblo perdido en el mapa de la provincia del Chaco.

A partir del año 1993 se dio inicio, en las instituciones educativas, al análisis de la, entonces, nueva Ley Federal de Educación. Nuevos enfoques y terminologías invadieron las aulas. En aquel momento, tuve que aprender de nuevo todo lo que respecta al marco teórico que fundamentaba la práctica docente. Lo que había aprendido en mi formación inicial no se ajustaba, ni a los nuevos requerimientos, ni al contexto de mi acción pedagógica concreta.

La incertidumbre, el miedo a fracasar, las exigencias de los demás y el vacío que causaba la incomprensión de todos en cuanto a mi función de jardinera, me llevaron a desanimarme muchas veces y a replantearme mi vocación... Y como si eso fuera poco, cada vez que concurría a las reuniones que convocaba la supervisora técnica de zona de aquella época, me invadía un terrible sentimiento de angustia y frustración, me sentía una maestra mediocre porque no alcanzaba los parámetros ideales, que ella proclamaba (y no lo digo en tono de

reproche, porque lejos de considerarla una persona rigurosa o cruel, tengo de ella los mejores recuerdos por ser extremadamente profesional en el desempeño de su función). Después de estos encuentros volvía a mi casa repitiendo en mi mente: Soy una mala maestra. Pero yo no quería serlo, pues creo firmemente que lo que nos hace especiales es la excelencia y el sentimiento que ponemos en nuestros actos. Por todo este torbellino de sensaciones, y ya madre de familia, me impuse el firme propósito de superarme cada día. Si me preguntan ¿para que? Respondería: para evitar que el contexto desfavorable (como se lo denomina comunmente) me absorbiera y consumiese, para defender mis convicciones frente al resto de la comunidad educativa, para propiciar un mejor escenario escolar para mis alumnos...Simplemente, para dejar una huella, para no convertirme en una persona olvidable. Los cursos de perfeccionamiento no me bastaban para saciar mis ansias de progreso en la carrera, por tal motivo inicié la Licenciatura en Educación Inicial en la U.N.S.E. a pesar de que muchos me decían que era una inversión (de dinero, tiempo y esfuerzo), inútil, y que dicho título no me significaría ningún progreso. Era plenamente consciente que no me aumentarían el sueldo por un título más, pero la satisfacción personal y el orgullo profesional que viene dado con el conocimiento, supera cualquier tipo de obstáculo, dificultad y desazón. También me capacité y rendí para el concurso de ascenso de jerarquía, el cual aprobé satisfactoriamente, pero la travesía más emocionante y el verdadero acto educativo seguía estando en las aulas.

Me sentí mucho más segura en mi desempeño y recuperé la confianza en mí misma a la vez que mi autoestima se afianzaba sobre la base de mis avances profesionales.

Hasta que una nueva dificultad golpeó a la puerta de mi jardín y con ella, un nuevo desafío. No alcanzaba ni mi esfuerzo ni mi entereza en el trabajo áulico para desterrar de la comunidad (mi comunidad) la idea errónea que se tenía del Jardín de Infantes, para todos ellos, yo solo era la niñera titulada, la encargada de entretenerlos un rato, de hacerlos jugar. Mi función era intrascendente, mi presencia insignificante y los logros de la sección y de los alumnos pasaban desapercibidos a los ojos de todos. ¿Qué hacer ante tal situación? Si no lograba cambiar la mirada de mis colegas y del pueblo entero sobre el Nivel Inicial, nada de lo hecho ni por hacerse, tendría sentido, si no se reivindicaba la función del Jardín como espacio destinado al desarrollo integral y placentero de los más pequeños, mis esfuerzos serían vanos y mis saberes infecundos. Era imperativo mostrar a la comunidad lo que era el jardín, compartir con ellos la satisfacción del descubrimiento, el encanto del juego como recurso para aprender y divertirse, era necesario contagiar a todos la emoción de una poesía y la picardía

de un tralenguas como también la ansiedad generada en una experiencia científica, o la satisfacción de resolver una situación problemática. Mi decisión era firme, no quería seguir siendo “la niñera”, quería ser “la maestra jardinera”, tan orgullosa de serlo como de haber estudiado para ello.

Después de mucho pensarlo, diseñé un plan de acción que implicaba la participación de las familias en el proceso de construcción de los conocimientos que serían relevantes y significativos para los niños. En este caso, las charlas de concientización no hubieran servido de mucho, lo urgente y primordial era la vivencia personal de cada rincón de la sala, la manipulación y experimentación concreta de los elementos, hechos y lugares específicos que acercarían de manera más efectiva a los padres al mundo mágico del Jardín de Infantes.

Después de la debida Fundamentación ante las autoridades institucionales de la E.G.B. (ya que simplemente somos un anexo) comenzamos a poner en marcha el Proyecto “**Una Enciclopedia para el Jardín**” cuyo propósito social era promover el involucramiento de las familias en el proceso de enseñanza y de aprendizaje de los alumnos, mientras que la meta específicamente didáctica era confeccionar un tipo de soporte gráfico y escrito donde se registraran los aprendizajes escolares para luego socializarlo con el resto de la comunidad educativa. Dicho proyecto contemplaba dos espacios de trabajo: uno en la sala con los niños y el otro con los padres, de manera de apoyar y consolidar lo trabajado con los alumnos. Se planificó nueve encuentros distribuidos a lo largo de año para el abordaje con los padres.

En cada uno de ellos, se tomo un espacio curricular diferente y se plantearon actividades acordes, al tema, a la realidad contextual y los intereses de las familias. Todo lo elaborado con los padres contribuiría, como soporte didáctico, en el proceso de acercamiento de los conocimientos.

Con los niños trabajamos los mismos temas pero adecuándolos a sus posibilidades y capacidades de comprensión y de realización de las diferentes propuestas. Estas producciones fueron conformando un gran libro que, no solo resguardaba lo plasmado en una hoja, sino que fundamentalmente representaba su pensamiento y compromiso frente a cada premisa planteada, no solo se pretendía una producción en el plano bidimensional, sino también conducirlos hacia un proceso de reflexión y metacognición.

Los niños, al saber que sus mamás también venían al jardín (porque debo reconocer que solo las mujeres se sumaron a la propuesta), demostraron una alegría inigualable y comentaban sobre las apreciaciones que se hacían en cada de uno de los hogares. Todo el tiempo era “porque mi mamá me dijo” o “mi mamá hizo así” mi mamá me mostró este libro” etc. Era indudable el entusiasmo, tanto de las madres, como de los niños, A veces, ni siquiera debía

sugerir actividades, aportaban voluntariamente materiales de consulta sobre los temas dados o sugerían sobre algunos recursos o materiales para utilizar en la sala. Cuando preguntaba sobre que íbamos a guardar en la enciclopedia, todos se peleaban por incluir lo traído desde sus casas. En cuanto a las madres, al principio se comportaban con desconfianza, ya que la propuesta les resultó algo insólita, **“Un jardín para los grandes”**, comentó una mamá – Sí! fue mi contestación más sincera y espontánea, aunque no obtuve más respuesta que el silencio, en sus ojos podía leer - está loquita – seguramente que sí - pensé, pero acaso, ¿no hace falta un poco de locura para saber apreciar y disfrutar las cosas sencillas de la vida?. Y sin que medie esta insensatez, no podrían alcanzarse los sueños más asombrosos. Mi simple ilusión era que los padres comprobaran con su propia experiencia el valor de concurrir al jardín, que en la sala no solo se juega, también se aprende, se indaga y se reflexiona. Muchas excusas flotaron en el aire: falta de tiempo, incapacidad para hacer algunas cosas, cuidado de otros hijos menores, etc. Ante tales cuestiones solo repetí la invitación, las insté a que lo intentáramos y les aseguré (muy soberbio de mi parte) que no se arrepentirían. Debo confesar que en este primer encuentro no fui muy clara en la propuesta porque no pretendía asustarlas, la idea era que de apoco fueran descubriendo por sí solas la metodología de trabajo. La segunda vez concurren menos a la cita y pensé, sonamos, ya se achicaron, pero lo importante era que yo no claudicara y para el tercer encuentro, el motivo circuló en torno a la fiesta del Día Nacional de los Jardines de Infantes. Estuvieron casi todas las mamás y durante la reunión (alterando un poco el cronograma inicial), les propuse realizar un taller de Plástica, preparando obsequios para regalar a sus propios hijos el día de la fiesta.

Fue emocionante verlas tijera en mano, luchando contra papeles de todos tipos y colores tratando de inventar formas creativas para expresar el amor filial, escucharon atentas un cuento, rieron e hicieron comentarios disparatados acerca del personaje, quizás porque se identificaban con él: “El sapito que no quería ir al Jardín”. Hablamos del llanto y la negativa de algunos niños al comienzo del año cuando se muestran reacios a quedar en la sala. Compartieron las experiencias vividas con sus hijos, se daban consejos entre sí o preguntaban sobre los recursos que yo utilizaba para calmarlos. Eran vecinas que estaban descubriéndose como amigas, con más puntos en común de los que pensaban. Al concluir la tarea, ordenaron toda la sala me ayudaron a limpiar mientras cantaban la canción que cantamos con los niños después del momento juego trabajo y yo, que parecía un disco rayado, repitiendo la misma frase “ lo mismo hacen los chicos” y si ellas fueron capaces de disfrutar ese momento a partir de las exigencias y apuros cotidianos, con cuanta más razón un niño pequeño que se enfrenta

cada día con la aventura de conocer su mundo, asombrándose a cada instante con las simplezas cotidianas.

Esa noche dormí feliz, cansada, pero feliz. Supe que valía la pena continuar.

Así cada tres o cuatro semanas nos encontrábamos para vivir nuevamente una experiencia infantil, para mí era cada vez más difícil generar propuestas creativas e innovadoras capaces de captar su atención y entusiasmo, pero de cada encuentro, no solo surgía algún material didáctico para trabajar el tema con los chicos, sino que además se renovaba la esperanza y la alegría de acompañar a nuestros niños en su crecimiento, de sentirnos un poco más responsables en su aprendizaje, ya que, lo que se aprende no es lo que se estudia, sino lo que se vive y lo que se disfruta, y si no, vayan a una salita de jardín y verán que mezclados con las risas, juegos y canciones, desfilan los conocimientos de una manera tan espontánea como divertida y eficaz.

¿Qué hicimos en los encuentros posteriores?

- ✓ Confeccionamos un libro artesanal con un cuento inventado por todas, el cual aunque disparatado, era muy tierno y emotivo, así piensan y sienten nuestros niños, y por lo visto, también las madres.
- ✓ Armamos una secuencia numérica hasta el 20 con los números pintados y las colecciones con botones, semillitas, piedras y cualquier chuchería que encontráramos a mano. Si hubiesen visto con cuanta emoción lo utilizaban luego los niños en la sala, era el trabajo de sus mamás, mucho más valioso que cualquier rompecabezas comprado.
- ✓ Confeccionamos afiches con mensajes sobre el cuidado del medio ambiente.
- ✓ Cultivamos plantines florales para adornar el jardín.
- ✓ Realizamos una investigación sobre los animales autóctonos de nuestra región.
- ✓ Y hasta llegamos a inventar un personaje, un superhéroe que reunía las virtudes de los grandes próceres argentinos y algunos de los poderes de los personajes de los dibujitos animados: lo llamaron “patriotito” - chiquito pero muy importante les decía yo- Desvistieron un viejo muñeco del rincón de dramatizaciones, lo lavaron, lo cocieron y en el próximo taller, le inventaron la indumentaria, celeste y banca con un sol y una capa, antes de terminar el año, estaba roto de nuevo, pero no había juguete más hermoso y significativo para los niños que ese superhéroe. Para mí, las auténticas heroínas eran aquellas madres que se sumaron a mi locura y me ayudaron a rescatar al jardín de las manos del villano de la indiferencia.

No voy a negar que mi trabajo se triplicó, pero fue muy satisfactorio corroborar los efectos de aquella experiencia. La enciclopedia exponía con orgullo un montón de paginas en el acto de clausura, muchos curiosos se acercaron a mirarla y entre gestos y sonrisas comentaban, está bueno el trabajo, un poco desprolijo pero interesante, que lindo lo que hicieron las madres, ya que ellas mismas eran las encargadas de custodiar y difundir aquella experiencia.

Al año siguiente, repetimos el proyecto con un grupo de mamás diferentes (siempre mujeres) con resultados similares, quizás porque la fuerza y el impacto de nuestras acciones se desprenden del amor y del compromiso que entregamos cuando las realizamos. Pero al tercer año y por otros inconvenientes, que no vienen al caso, la enciclopedia del Jardín, dejó de editarse.

Hoy, año 2008, mirando hacia atrás y evocando aquella experiencia, tan audaz como emotiva, vuelvo a sentir la añoranza de sentirme una buena maestra y se reencarna en mi el sabor de la satisfacción por haber hecho posible el sueño de educar, el cual trasciende el mero trabajo áulico y que se arraiga en el alma de quienes la experimentan. Aquella Enciclopedia, ya ajada y destruida, se convirtió en un gran patrimonio del Jardín porque exclamaba a viva voz el espíritu de la unión, la alegría, el esfuerzo y el deber cumplido. Deber? Preguntarán ustedes, si no era obligación inventar un Jardín para los grandes, pero yo afirmo con un sí rotundo, porque es obligatorio mirar crecer a nuestros niños, es imprescindible divertirnos junto a ellos, es imperioso regalarnos la oportunidad de ensuciarnos para no olvidar lo que significaba vivir y sentir como un niño.

Quisiera volver a tener el ímpetu de aquellos años para recrear un Jardín para los grandes, antes que sea tarde para mí misma.



Silvia Liliana Miño
Maestra de sección titular
Jardín de Infantes anexo a E.G.B. N° 567
De Pampa Landriel-Chaco